

EL ÁNGEL DEL SEÑOR

CELEBRACIÓN DEL ANUNCIO A MARÍA

Siervos de santa María



MICHEL M. SINCERNY
PRIOR GENERALIS
ORDINIS SERVORUM MARIAE

AVE MARÍA

Prot. 22/81

La memoria cotidiana del anuncio del Ángel Gabriel a María – “*El ángel del Señor*” – ocupa un lugar relevante en la piedad del pueblo cristiano. Los fieles aman saludar a la Virgen al surgir la luz, al mediodía y al ocaso, y permanecer brevemente en contemplación del misterio del Verbo que «que se hizo carne y vino a habitar en medio de nosotros» (*Jn 1,14*).

Esta piadosa práctica es particularmente estimada por nosotros los Siervos de María: nos remonta a los primeros tiempos de nuestra Orden, a Florencia y a su santuario. Es decir, al lugar que antes se llamaba Cafaggio, donde nuestros siete santos Padres habitaron, cuando decidieron dejar definitivamente sus casas para vivir juntos en la penitencia y en el total servicio a Dios.

En Cafaggio, donde había un oratorio dedicado a Santa María, surgió por obra de nuestros Hermanos la basílica de la Santísima Anunciación, que custodia la imagen de la Virgen saludada por el Ángel, «una imagen –para usar las más puras y espirituales, un rostro de Mujer descubierto mas para la alegría que por el arte, más para el éxtasis que para el fruto de ingenio».¹

Desde entonces todos los Siervos han amado aquel lugar, han contemplado aquella Imagen y, meditando la página lucana que narra el saludo de Gabriel a María, han encontrado en el «fiat» de la Virgen (cf. *Lc 1, 38*) y en el «fiat» del Verbo que entra en el mundo (cf. *Heb 10, 7; Sal 39, 9*) una de las venas más profundas y ricas a la cual alimenta la propia espiritualidad.

El primer artículo de nuestras Constituciones renovadas muestra a los Siervos a la Virgen María cual “Madre y sierva del Señor” - es decir, la define con aquellos títulos que reflejan su misión y su actitud en el misterio de la Encarnación - como constante punto de partida y fuente de inspiración “para testimoniar el Evangelio en comunión fraterna y (...) estar al servicio del hombre”. Y el artículo 6 recuerda que los Siervos, “se han dedicado desde sus orígenes a la Madre de Dios, la bendita del Altísimo (...). Del ‘sí’ de la humilde Sierva del Señor, han aprendido a acoger la Palabra del Señor, y a estar atentos a las indicaciones del Espíritu”.

Se entiende por lo tanto como los Siervos y Siervas de nuestro tiempo, que durante algunos años, de varias formas, provén en renovar sus expresiones de piedad mariana, hayan dirigido la atención también al *Angelus Domini*.

¹ Un santuario e la sua Città, Firenze, Edizioni Convento Ss. Annunziata, 1976, p. 12

La comisión litúrgica internacional de la Orden ha compuesto tres formularios, para conmemorar el anuncio a María, en la cual la tradicional oración del Ángelus se coloca en un más amplio ámbito de celebración.

El Consejo general el 25 de noviembre de 1980, ha examinado y revisado tales formularios y habiendo encontrado aptos para expresar un momento de celebración a Nuestra Señora y conformes a la Espiritualidad de la Orden, los ha aprobado a unanimidad.

Por tanto, vista la aprobación del Consejo general, dispongo que los dichos formularios de celebración sean insertado en el *Mariale Servorum*, la serie que recoge las expresiones más típicas de la piedad mariana de los Siervos.

L+S

FR. MICHEL M. SINCERNY OSM
Prior General

FR. GABRIELE M. GRAVINA, OSM
Secretario de la Orden

La traducción al castellano es de la Provincia Mexicana de los Siervos de María.
El dibujo al lado: *Anunciación*, de Fiorenzo Gobbo osm, aguafuerte y acuatinta, 1966.



INTRODUCCIÓN

1. *El ángel del Señor* es la oración tradicional con la que los fieles, tres veces al día - aurora, mediodía y ocaso - conmemoran el anuncio del Ángel a María y la encarnación del Verbo de Dios.

I. BREVES DATOS HISTORICOS

Origen y desarrollo

2. La historia de “*El ángel del Señor*” es muy compleja: el proceso por el que los distintos elementos que lo integran - cada uno de los cuales tiene su propio origen y un desarrollo independiente - fueron reunidos en una estructura orgánica duró varios siglos y no se llevó a cabo de igual manera en todos los lugares.

El fundamento más profundo de “*El ángel del Señor*” y su primer origen hay que buscarlos en la celebración misma del misterio de la encarnación, al cual retorna insensatamente la mente del cristiano. Ya en el siglo V, es decir, en una época en que la solemnidad del 25 de diciembre era la celebración unitaria de los misterios de la encarnación y de la Natividad, el papa san León Magno decía en una homilía navideña:

*Cada día y en cada momento, amadísimos, se ofrece a la memoria de los fieles que meditan los divinos misterios el recuerdo del nacimiento de nuestro Señor y Salvador de la Virgen Madre; de modo que el espíritu, elevándose para alabar a su Creador, tanto en el gemido de la súplica, como en la exultación de la alabanza, o en el ofrecimiento del sacrificio, con la mirada interior nada vea con mayor frecuencia y mayor fe que el misterio por el cual Dios, el Hijo de Dios, nacido del Padre y coeterno del Padre, nace al mismo tiempo del parto de una mujer. (...) No sólo a la memoria, sino también, en cierto modo, retorna a la mirada el coloquio del ángel Gabriel con María, atónita, y la concepción por obra del Espíritu santo, prometida en modo admirable y admirablemente acogida en la fe”.*²

3. La costumbre de repetir el saludo del ángel a María con propósito cultural es atestiguada en oriente desde el siglo IV. El testimonio teológico y poético más venerable de esta “celebración del saludo a la Virgen” nos ofrece el *Akathistos*, en el cual el *Ave* de Gabriel, repetido continuamente, constituye el momento laudativo del himno y es casi el motivo conductor del mismo.

4. Los primeros vestigios de “*El ángel del Señor*” se remontan a la Edad Media. En ellos hay que ver un reflejo de la práctica del villorrio de dar, con un repique de campanas, la señal del cese del trabajo, del toque de queda, del retorno del campo; o bien de la costumbre monástica de sonar las campanas al oscurecer y saludar a la Virgen después de Completas”.³

“El ángel del Señor” *vespertino*

5. El uso del toque vespertino de campanas se extendió de las abadías a las iglesias catedrales, canonicas y parroquiales. Y muy pronto, en distintos lugares, se impuso entre los fieles la costumbre de recitar, al repique vespertino, tres *Ave María* en honor de la Virgen, saludada por el Ángel y en memoria de la encarnación del Verbo ocurrida, según se creía, por la tarde.

² *In Nativitate Domini sermo VI (XXVI), 1: CCL 138, p. 125.*

³ En el Capítulo general de 1251, los Cistercienses decretaron: “Cada día, terminadas completas y las oraciones de costumbre, el cantor comience *Salve, oh Reina*, y terminada la antifona el que preside diga el versículo *Ave María* con la genuflexión, y la oración colecta *Concedenos*” (J. M. CANIVEZ, *Statuta Capitulum generalium Ordinis Cisterciensis ab anno 1116 ad annum 1786*. II, p. 361. Louvain 1934). En este saludo a la Virgen, más allá del motivo inmediato que provocó su prescripción, hay que ver un antecedente del *Ángelus* vespertino.

Entre los hechos que determinaron la difusión de “*El ángel del Señor*” vespertino, los estudiosos conceden particular importancia a un decreto del Capítulo general de los frailes Menores, celebrado en 1269 y presidido por san Buenaventura (+ 1274). El decreto ordenaba a los frailes que exhortasen a los fieles a recitar tres *Ave María* al triple toque vespertino de la campana. Y dan también importancia, por la grandeza e influencia de la abadía de Montecassino, a un *capítulo* de las Constituciones del abad Tomás I (1285-1288), que prescribe a las iglesias sujetas a la abadía tocar la campana *para el Ave María noche y mañana*. Dicho capítulo contiene, además, uno de los más antiguos, si no el más antiguo, testimonio de “*El ángel del Señor*” matutino.

Juan XXII (+ 1334) confirmó esta práctica incipiente en dos oportunidades: en 1318 alababa la costumbre en vigor en la diócesis de Saintes y en otras de las Galias de sonar las campanas en la noche, y concedía indulgencia a los fieles que a tal repique hubieran recitado, de rodillas, tres *Ave María*; en 1327 introdujo a Roma este pío ejercicio, favoreciendo así su consiguiente difusión.

“El ángel del Señor” *matutino*

6. Hacia el final del siglo XIII y en distintos lugares, el tradicional toque matutino de la campana, signo del inicio del nuevo día, de la hora de Prima en los monasterios y del recuerdo de la resurrección del Señor, fue puesto en relación con el toque vespertino de la campana y adquirió, de este modo, también un significado mariano. Tal relación debió establecerse de manera espontánea: ya que la liturgia, saludando a la Virgen como la “estrella de la mañana” y reconociendo en ella la esposa “que surge como la aurora... resplandeciente como el sol” (Cant 6, 10), había predispuesto el ánimo de los fieles para invocar a María al despuntar el día.

“El ángel del Señor” *de mediodía*

7. “*El ángel del Señor*” del mediodía es posterior. Su origen se sitúa probablemente en una fusión, a finales del siglo XV, entre el uso de tocar la campana los viernes a mediodía en memoria de la pasión del Señor y una prescripción del Calixto III (+ 1458): en 1456 el papa, con la bula *Cum his superioribus annis*, ordenaba que las campanas se tocasen todos los días entre la hora de Nona y las Vísperas, y recitar tres *Padre Nuestro* y tres *Ave María* para implorar el auxilio divino en defensa de la cristiandad, amenazada por los Turcos.

Pero “*El ángel del Señor*” del mediodía se convirtió en una costumbre estable sólo después de una disposición de Luis XI (1461-1483), rey de Francia. El rey dispuso que, a mediodía, el toque de las campanas invitara a la recitación de tres *Ave María* por la paz del reino. En el 1475, el papa Sixto IV (1471-1484) ratificaba esta iniciativa del rey, concediendo indulgencias especiales a la recitación de esta “*Ave María* de la paz”.

La fórmula actual

8. Pero el proceso histórico que condujo a la definición de la fórmula actual se concluyó sólo en el siglo XVI. “*El ángel del Señor*”, en forma esencialmente idéntica a la que tenemos hoy en uso, se encuentra en un catecismo impreso en Venecia en 1560.

Contribuyó mucho a la difusión de “*El ángel del Señor*” el echo de que, a partir del 1570, no raramente éste era incluido entre los textos del apéndice del *Breviario romano*; y, a partir de 1571, en el Oficio Parvo de la B. Virgen María, entre los “ejercicios cotidianos”. Esto confirió a la conmemoración del anuncio a María un carácter casi oficial.

9. El triple toque cotidiano de “*El ángel del Señor*” se hizo costumbre general bajo el pontificado de Benedicto XIII, quien, en 1724, con el Breve *Iniunctae nobis*, concedió indulgencia plenaria, una vez al mes, a los fieles que hubieran recitado de rodillas “*El ángel del Señor*” al sonido de la campana. En esa misma época se adoptó en toda la iglesia latina la fórmula única aún hoy en uso.

10. Desde entonces no han sido raras las intervenciones de los obispos de Roma con relación a “*El ángel del Señor*”: en 1742, Benedicto XIV prescribió que, en el tiempo pascual, la antífona *Reina del cielo* sustituyera a “*El ángel del Señor*”; en 1815, Pío VII concedió indulgencias a cuantos recitasen “tres veces la doxología *Gloria al Padre* (...) a la aurora, al mediodía y en la noche, agradeciendo a la santísima Trinidad los dones eximios y los privilegios concedidos a la beatísima Virgen María”; en 1884, León XIII, con el propósito de difundir la recitación de “*El ángel del Señor*” también entre los fieles más humildes, incapaces de aprenderse la fórmula, concedió la facultad de sustituirlo por cinco *Ave María*; en 1933, al celebrarse el centenario de la redención, Pío XI enriqueció “*El ángel del Señor*” con nuevas indulgencias y lo propuso como medio para favorecer la unidad del pueblo cristiano; en 1974, Pablo VI concedió la facultad de sustituir la oración tradicional *Derrama, Señor* por la colecta *Señor, Dios nuestro*, propia de la solemnidad de la Anunciación.

II. ESTRUCTURA

11. En su forma actual, “*El ángel del Señor*” tiene una estructura armónica y original. Consta de tres *Ave María*, que se alternan con otras tantas antífonas, seguidas por un versículo y una oración.

Las antífonas

12. Las antífonas, que actualmente se recitan como si fueran versículos, constituyen el elemento contemplativo de “*El ángel del Señor*”. Su trama narrativa reproduce la escena del anuncio de Gabriel a María.

13. *La primera antífona*

El ángel del Señor anunció a María,
y concibió por obra del Espíritu santo

resume en líneas generales a Lc 1, 26-35; evoca concisa y eficazmente el anuncio de Gabriel (*anunció*) y la maternidad de María por obra del Espíritu santo (*concibió*). Los antifonarios más antiguos, tanto de la tradición romana como de la tradición monástica, asignan la antífona *El ángel del Señor* al oficio del lunes de la primera semana de adviento, y sólo algunos de ellos a la solemnidad de la Anunciación.

14. *La segunda antífona*

He aquí la esclava del Señor,
hágase en mí según tu palabra

tomada de Lc 1, 38, propone de nuevo, en términos de plegaria, el admirable consentimiento de la Sierva del Señor al proyecto divino de la salvación. En la tradición romana y en la tradición monástica, la antífona *He aquí la esclava* aparece sobre todo en el oficio del martes o miércoles inmediatamente precedente al 25 de diciembre y en el oficio de la solemnidad del 25 de marzo.

15. *La tercera antífona*

El Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros

tomada de Jn 1, 14, trae a la memoria del orante un versículo clave, síntesis de varios aspectos del misterio de la encarnación: la *kénosis* del Verbo (*se hizo carne*; cf Fil 2, 7-8); la presencia del Señor en medio de su pueblo peregrino (*habitó entre nosotros*; cf Ex 25, 8); la divina familiaridad de la

Palabra con los hijos de los hombres (cf Prov 8, 31); el cumplimiento de la profecía sobre el Emmanuel, el Dios-con-nosotros (cf Is 7, 14; Mt 1, 22-23).

El uso de Jn 1, 14 como antifona es antiguo: lo atestiguan el Antifonario de Monza (25 de diciembre, antifona del *Benedictus*) y la mayor parte de los antifonarios monásticos, en varias partes del oficio de la Navidad.

Las Ave María

16. La historia de “*El ángel del Señor*” es también una documentación del progresivo uso cultual del *Ave María* y de su complemento eclesial de matriz popular: la *Santa María*. Así como se presenta hoy, el *Ave María*, oración bíblica, constituye la parte laudatoria de “*El ángel del Señor*”: alabanza y bendición dirigidas a la Madre y al Hijo, a la “llena de gracia” y al “fruto bendito” del seno virginal.

La *Santa María*, oración eclesial, representa el elemento de súplica y de impetración: petición de la intercesión maternal de la Virgen en el tiempo presente y a la hora en que se nos abre la eternidad.

Como la historia lo demuestra, la triple *Ave María* es el componente más antiguo y, en cierto sentido, el único verdaderamente esencial de “*El ángel del Señor*”.

La oración

17. “*El ángel del Señor*” se concluye con la oración:

Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones para que quienes hemos conocido la encarnación de tu Hijo, por el anuncio del Ángel, lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección.

O bien con la oración:

Señor, Dios nuestro,
que quisiste que tu Verbo se hiciera hombre en el
seno de la Virgen María, concede a quienes
proclamamos
que nuestro Redentor es verdaderamente Dios y hombre,
que lleguemos a ser partícipes de su
naturaleza divina.

a. La oración *Derrama, Señor* es antigua, romana, característica de la eucología del 25 de marzo; atestiguada por la casi totalidad de los códices derivados del Sacramentario Gregoriano. Siempre en el mismo formulario del 25 de marzo, en algunos sacramentarios figura como colecta; en otros, como poscomunión; en otros, incluso como oración conclusiva. En el misal de san Pío V, era la oración después de la comunión de la misa de la Anunciación. En el misal de Pablo VI, por el contrario, restituida a su función original de colecta, la oración a sido transferida al formulario del cuarto domingo de adviento y se utiliza en la misa de la Virgen del Rosario (7 de octubre).

En una eficaz visión unitaria, la oración *Derrama, Señor* presenta el designio de la salvación del Padre en su momento culminante: el misterio pascual. Los tres eventos (encarnación, muerte, resurrección) son evocados en una síntesis vigorosa en la que cada hecho salvífico aparece ordenado al sucesivo, y la encarnación del Verbo es vista sobre todo desde su perspectiva pascual y en su dimensión eclesial.

b. La oración *Señor, Dios nuestro*, es un texto nuevo, compuesto con material antiguo, escrito según los cánones clásicos de la eucología romana. Su fuente inmediata es un fragmento de la *Epístola*

123 de san León Magno (+ 461), una carta del papa a la emperatriz Eudoxia para solicitar su intervención contra la difusión de la herejía monofisita entre los monjes palestinos.

En la colecta se percibe un reflejo de las tensiones y de las controversias cristológicas del siglo V, especialmente en la lucha contra el monofisismo, que dio origen a la definición dogmática del concilio de Calcedonia (451 d. C.): Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre, una sola persona en dos naturalezas, la divina y la humana. Pero en el ámbito de esta explícita profesión de fe (*a quienes proclamamos [...] Dios y hombre*), la colecta proclama de nuevo con vigor y con firmeza la teología del admirable intercambio, tan apreciado por los santos Padres: tu Hijo, oh Dios, ha asumido nuestra naturaleza humana (*quisiste que tu Verbo se hiciera hombre*); a cambio de ello, haznos partícipes de su naturaleza divina (*lleguemos a ser partícipes de su naturaleza divina*).

Oración horaria

18. “*El ángel del Señor*” tiene un “ritmo casi litúrgico, que santifica distintos momentos de la jornada”. Recitado al despuntar la luz, a mediodía y al ocaso, “*El ángel del Señor*”, por esa característica horaria, se enlaza con la tradición bíblica, con costumbres ascéticas del judaísmo, y prácticas de la iglesia primitiva. Este ritmo horario, no obstante que hayan cambiado las condiciones de vida, divide aún, en muchos casos, la jornada del hombre, los tiempos de su actividad y de su reposo.

III. CONTENIDOS ESPIRITUALES

19. El valor esencial de “*El ángel del Señor*” consiste en la conmemoración del evento de salvación por el cual, según el designio de amor del Padre, el Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu santo.

20. Pero este evento, que “*El ángel del Señor*” presenta en su esencialidad, es rico de significados que la meditación puede profundizar, leyéndolo en diversas claves:

- de *cumplida antítesis*, viendo en este diálogo de salvación entre María y Gabriel la contraposición neta al coloquio entre Eva y la serpiente;
- de *nueva génesis*, descubriendo en la intervención del Espíritu sobre la Virgen para formar al nuevo Adán, el cumplimiento profético de la obra divina que había modelado de tierra virgen al viejo Adán;
- de *unión esponsal*, considerando el seno virginal de María como el tálamo purísimo en el que la naturaleza divina se enlazó con la humana en una unión total e insoluble;
- de *inefable intercambio*, poniendo de relieve cómo en la encarnación el Verbo asumió la naturaleza humana para que el hombre recibiera la divina;
- de *dramático coloquio*, ya que la respuesta al proyecto de Dios para la salvación del género humano se confía al corazón y a los labios de una mujer;
- de *profunda religiosidad*, porque la piedad cristiana escucha todavía ahora el eco del doble e imprescindible ‘sí’ de la encarnación - el ‘sí’ del Verbo y el ‘sí’ de la Virgen - y encuentra en ellos el modelo supremo de la actitud religiosa que consiste en hacer de la obediencia al Padre y del amor a los hermanos la expresión más pura del culto;

- de *epifanía mesiánica*, porque en el coloquio entre la Virgen y el Ángel reconoce los títulos y las características esenciales del Mesías - su origen y filiación divinos, su condición humana, el linaje davídico, la dignidad real, la misión salvadora - y constata la realización de la profecía sobre la concepción virginal;
- de *preludio pascual*, pues comprende que el abajamiento del Verbo a la condición de “siervo” fue una premisa necesaria para la glorificación de Cristo como “Señor” (cf Flp 2, 5-7);
- de *mensaje perenne* sobre la dignidad del hombre, porque es imposible celebrar de verdad este pío ejercicio sin quedar impresionados por la grandeza del destino del hombre, llamado a la comunión divina y sin sentirse estimulados a vivir con coherencia sus contenidos, descubriendo y respetando, en cada hombre, la luz del Verbo y el misterio de la Vida.

IV. LOS SIERVOS DE MARÍA Y “EL ÁNGEL DEL SEÑOR”

21. Como se ha visto, “*El ángel del Señor*” no nació en un momento o en un lugar preciso, ni por obra de una sola persona o de un grupo determinado. De origen popular, su difusión fue favorecida sobre todo por los frailes Menores y por las Ordenes Mendicantes, entre las cuales se encuentra la nuestra.

Pero la historia de “*El ángel del Señor*”, como se dijo antes, es también una documentación del uso cultural del *Ave María*, a cuya consolidación han contribuido en gran medida Florencia y su santuario. Los testimonios sobre el uso frecuente de la recitación del *Ave María* en Florencia, en los siglos XIII y XIV, son relativamente abundantes y provienen también de las obras de prestigiados artistas y poetas de la época.

22. A través de un códice florentino y, lo que es más importante para nosotros, perteneciente al convento de la Santísima Annunziata, escrito en la segunda mitad del siglo XIV, nos ha llegado uno de los más antiguos textos del *Ave María*, completada por la súplica “*Santa María*”. Vale la pena que lo reproduzcamos:

Ave, dulcísima e inmaculada Virgen María,
 llena de gracia, el Señor está contigo; bendita
 tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de
 tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios,
 Madre de gracia y de misericordia; ruega por
 nosotros, ahora y en la hora de la muerte.
 Amén.

Como se sabe, nuestra Orden había catalogado, ya desde el siglo XIII, el *Ave María* entre las “reverencias” cotidianas que había que tributar a la *Señora*.

Ahora bien, la fórmula que aquí reportamos no sólo atestigua la fidelidad en el aprecio por el saludo angélico por parte de los Siervos de María de la segunda mitad del siglo XIV, sino que permite “pensar que ellos hayan contribuido a la evolución de la fórmula misma”.

23. En el 1518, para conjugar los peligros que amenazaban al Occidente cristiano, el papa León X (+1521) ordenó que se sonaran las campanas a mediodía en todas las iglesias, para el *Ave María*. Ahora bien, se da el caso que León X era de Florencia, de la familia de los Médici, particularmente ligada al Santuario de la ciudad; es más, él mismo, de niño, en un periodo en el cual la casa de los Médici era objeto de persecución, se había refugiado en la Santísima Annunziata, en donde vivió escondido por algún tiempo: allí el futuro papa debió de haber aprendido de los frailes Siervos de María - y sobre todo por el hecho de permanecer junto al santuario - el amor a la Virgen, la devoción del *Ave María* y el culto al misterio de la encarnación.

De esta disposición de León X nos dejan memoria “Los recuerdos” de un tal Bartolomé Masi, calderero florentino:

Recuerdo cómo, por el día 4 de mayo de 1518, comenzó en Florencia y en todo el territorio y dominio florentino, una buena y santa costumbre, a saber: en ese día todas las iglesias de Florencia empezaron a sonar el *Avemaría* a mediodía; [...] y creo que esta costumbre se inició en todas las iglesias de la cristiandad. Aunque es cierto que esta buena usanza existía ya en algunos lugares; y donde actualmente no ha comenzado, se dice que empezará y se usará perpetuamente. Esta costumbre inició por el mandado hecho a todas las iglesias de fieles cristianos por la santidad de nuestro papa León X: que la susodicha *Avemaría* se suene por siempre, una vez al día, al mediodía, para impetrar la gracia de Dios Altísimo a fin de que conceda la victoria a todos los fieles cristianos sobre los infieles y los enemigos de nuestra santísima fe.⁴

Esta página de Masi constituye un testimonio importante en la historia de “*El ángel del Señor*” del mediodía. Si, para ser exactos, no se puede afirmar que éste haya sido introducido por León X - en efecto, su recitación tenía lugar ya en varios lugares - tal disposición pontificia contribuyó seguramente a su difusión y consolidación.

24. El aprecio por “*El ángel del Señor*”, en la Orden de los Siervos de María, no se puede separar de la veneración por el misterio de la Anunciación, de la cual constituye una sublime expresión la basílica florentina con su célebre fresco de la Anunciación. Como sabemos, la *palabra-evento* de salvación y su correspondiente *signo-memoria* se implican mutuamente: la primera engendra al segundo, y éste, a su vez, remite a la primera y la propone nuevamente en un perenne “hoy” cultural. La contemplación del anuncio de Gabriel a María suscitó una representación iconográfica cada vez más creciente y ésta, contemplada, evocaba la memoria del hecho de nuestra salvación, provocaba una respuesta con términos culturales y estimulaba a repetir el saludo *Ave María*. En nuestro caso, la *palabra-evento* es la respuesta de la Virgen: “He aquí la esclava del Señor”, respuesta que quisiéramos que estuviese constantemente en nuestro interior y en nuestros labios para expresar nuestra adhesión al proyecto de Dios sobre nosotros; el *signo-memoria* es el fresco de la Anunciación; una Virgen que es toda ella acogida gozosa y respuesta serena al mensaje del Ángel: “La verdadera respuesta - escribe E. M. Casalini, historiador y crítico de arte - está en toda la postura de la Virgen. Su cuerpo es una síntesis de movimiento y de espera. Una curva delicada, un dinamismo ‘interior’ dirige su busto hacia lo alto, continúa en el rostro, en la mirada, en la tenue línea del cuello y de los rubios cabellos. Y el seno virginal, como concha abierta en el blanco forro del manto; y los brazos abandonados, pero no rígidos, a lo largo del talle, y las manos unidas y posadas con gracia sobre las rodillas, son como palabras de espera: una respuesta también ‘interior’: *Hágase en mí según tu palabra*. La leyenda nos habla de la belleza de su rostro; pero es toda la persona de la Virgen la que nos conduce con ‘equilibrio’ a este rostro, que es un ejemplo concreto de las relaciones que deben unir la criatura con su Creador. [...] En esta Virgen se encuentra el ejemplo más verdadero de la criatura ‘entera’ reconstruida en su valor primigenio por la Redención”.⁵

25. Por lo que significa para la historia y espiritualidad de los Siervos, la influencia de la imagen de la Santísima Annunziata ha sido muy grande en la Orden, la cual “desde la segunda mitad del siglo XIV (...) consideró el santuario florentino como su baluarte; y de algún modo se puede afirmar que gran parte de su historia - directa o indirectamente - se ha desarrollado a los pies de aquella taumatúrgica imagen: *Señora, santa María, Madre de gracias*”.⁶ Tal influencia no ha disminuido en nuestros días: la imagen de la Santísima Annunziata sigue siendo el punto de referencia de nuestra espiritualidad y signo familiar de nuestro amor por “*El ángel del Señor*”.

V. VALOR Y USO PASTORAL

⁴ *Ricordanze di Bartolomeo Masi, calderaio fiorentino, dal 1478 al 1526*, publicadas por primera vez por G. O. Corazzini. Firenze, Sansón, 1906, pp. 234-235.

⁵ *La Ss. Annunziata di Firenze*. Guida storico-artistica, 2 ed. Firenze, Becocci editore, 1980, pp. 25-26. ⁶ A.M. Rossi, *Manuale di storia dell'Ordine dei Servi di Maria (MCCXXXIII-MCMLIV)*. Roma, Convento di San Marcello, 1956, pp. 5-56.

26. La eficacia pastoral de “*El ángel del Señor*” deriva directamente de su contenido espiritual, de sus características intrínsecas - su impronta bíblica, la estructura simple y el ritmo casi litúrgico - y está garantizada sobre todo por su recitación asidua y atenta.

27. En algunas comunidades de los Siervos en las que se recita “*El ángel del Señor*” inmediatamente antes de Laudes, de Sexta y de Vísperas, para evitar que las tres *Ave María* de “*El ángel del Señor*” se mezclen con el *Ave María* que, según la tradición de la Orden, se dice al iniciar la celebración de cada hora del Oficio, se ha difundido el uso de cantar uno tras otro los tres versículos de “*El ángel del Señor*”, seguidos por una sola *Ave María* cantada.

Tal uso se ha revelado eficaz y válido cuando todos los elementos - versículos de “*El ángel del Señor*” y el *Ave María* antes del Oficio - realmente se cantan.

Por lo contrario, en caso de simple recitación, la omisión de las *Ave María* intercalares empobrece el contenido de “*El ángel del Señor*” sin el provecho correspondiente.

“EL ÁNGEL DEL SEÑOR”

V. El ángel del Señor anunció a María.
R. Y concibió por obra del Espíritu santo.

Dios te salve, María.

V. He aquí la esclava del Señor.
R. Hágase en mí según tu palabra.

Dios te salve, María.

V. El Verbo se hizo carne.
R. Y habitó entre nosotros.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el
Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las
mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, Madre de Dios; ruega por
nosotros pecadores, ahora y en la hora de
nuestra muerte.
Amén.

V. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.
R. Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oremos:

Derrama, Señor, tu gracia en nuestros corazones para que quienes
hemos conocido la encarnación de tu Hijo, por el anuncio del
Ángel, lleguemos, por su pasión y sus cruz, a la gloria de la
resurrección. Por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

O bien:

Señor, Dios nuestro, que quisiste que tu Verbo se hiciera
hombre en el seno de la Virgen María: concede a quienes
proclamamos que nuestro Redentor es realmente Dios y
hombre que lleguemos a ser partícipes de su naturaleza
divina. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.